

CAPÍTULO 8

Comida y bebida en la poesía de Francisco de Quevedo

ALESSANDRA CERIBELLI

Universidad de Santiago de Compostela

Aunque se nos enseñe que no solo de pan vive el hombre, estos dos elementos nos sustentan tanto física como moralmente, dándonos fuerzas y ánimos para seguir adelante en nuestras vidas cotidianas. Ya desde hace tiempo es justo la cotidianidad la que ha perdido su sentido profundo de novedad y trabajo, llegando a ser calificada como anodina y aburrida, resultado de una repetición constante e infinita de nuestras acciones más sencillas, pero no menos importantes y fundamentales. Como sugerido por Pierre Bourdieu, «el individuo no solo se distingue por sus elecciones estéticas, sino también por las costumbres banales como comer y beber»¹.

En una aproximación a la poesía de Quevedo, la presencia de comida y bebida aparece sobre todo en dos tipos de poemas: los satíricos y los morales. Claramente, en ambos casos estos elementos permiten al poeta abarcar diferentes reflexiones. En la vertiente satírica, don Francisco se centra en el pueblo y sus costumbres culinarias, a menudo punto de partida para juegos conceptistas para criticar hábitos de la época, como la referencia a los afeites de las señoras². En el romance «Manzanares, Manzanares» (B 719)³, el poeta describe la suciedad

¹ P. Bourdieu, citado por C. A. Nadeu, «Ensalada caliente y carnero verde: imágenes de la vida en la poesía satírico-burlesca de Francisco de Quevedo», *La Perinola*, 13, 2009, págs. 313-326, pág. 322.

² El tema está presente en más poemas pero aquí analizaremos solamente las referencias culinarias.

³ En la referencia a los poemas analizados se utilizarán el primer verso y la numeración de José Manuel Blecua (*Poesía original completa*, Barcelona, Planeta, 2004), aunque en algún caso

de las mujeres como si hubieran nadado en platos abadejos, refiriéndose a la vez al bacalao, pero también al animal que vive en la basura por excelencia, es decir el escarabajo (vv. 67-68). Además, el autor subraya la oleosidad comparando sus caras con una olla, por su grasa y el tocino, siempre presentes (vv. 57-60). También en «Rostro de blanca nieve, fondo en grajo» (B 551), como ya se ha descrito en el primer verso, Quevedo sugiere la doble naturaleza de las mujeres: de un lado, la tez cubierta de pringue y cualquier otra porquería que se pega a la ropa y a la persona, y el maquillaje rojizo que les hace semejantes a un clavel que brilla, pero no por su hermosura sino por la grasa. Del otro, el poeta añade que en realidad esta esconde en sus entrañas un cuervo y, por extensión, es una charlatana, utilizando «grajo» en su doble sentido. En «Vida fiambre, cuerpo anascote» (B 549) se manifiesta que, en realidad, el almodrote (v. 8), una salsa para sazonar berenjenas, se utiliza para los afeites y para esconder las calvicies, otro tema fundamental en la producción satírico-burlesca de Quevedo. En este caso, hay una doble alusión a las unciones de las brujas en una referencia a las viejas señoras consideradas calaveras a la par que gusanos, como cuerpos podridos, pero esta vez recubiertos de confites (v. 10). En «La edad, que es levandera de bigotes» (B 557), la mención del mismo almodrote (v. 5), que, como acabamos de decir, se usaba especialmente para las berenjenas, permite introducir el tema racial, ya que estas hortalizas eran uno de los manjares predilectos de los moriscos, como también se ve en «Respuesta de la Méndez a Escarramán»⁴ (B 850, vv. 133-135). En este poema, en cambio, la alusión a este alimento sirve para hacer hincapié en sus efectos, dado que según Covarrubias, «engendraban melancolías y despertaban malos deseos».

Otra costumbre femenina llamativa de la época era la bucarofagia, que consistía en comer un tipo de barro rojo intenso para obtener una tez blanca, símbolo de belleza desde el Renacimiento, y lograr la opilación y disminuir el flujo menstrual. Sin embargo, esta sustancia tenía una contraindicación, pues esta práctica producía un efecto narcótico placentero que podía desembocar en una verdadera dependencia. De hecho, llegó a estar prohibida por los confesores en tiempos de penitencia como Cuaresma y Adviento, además de provocar un lento envenenamiento por mercurio, plomo y arsénico. El aspecto adictivo se denuncia en «Antoñuela, la Pelada» (B 791), donde Quevedo usa el doble sentido de mascar barro, sea como hábito de sus contemporáneas, sea como morir y estar enterrado, consecuencia en este caso de la falta del remedio adecuado, porque cualquier ejercicio honesto, y en particular la abstinencia de esta moda, estaría considerado por cada mujer una sentencia de muerte (vv. 69-72).

Junto a los moriscos y a las mujeres, otra categoría humana que don Francisco solía satirizar era la gente de color. En el romance «Vi, debe haber tres días» (B 698), también llamado «Boda de negros», además del doble sentido de esta expresión que «se aplica a cualquier función en que hay batahola, confusión y

los epígrafes se tomarán en consideración para ulteriores explicaciones a los textos.

⁴ El primer verso es en realidad «Con un menino del padre».

bullas, y se huelga la gente sin entenderse»⁵, el autor juega continuamente con conceptos alrededor del color negro. Empezando por el pan (v. 54), mulato y prieto, y por eso de ínfima calidad según la moda del tiempo, iba a asignar un valor descalificativo a los regalos de la misma boda, dado que por «pan de la boda» se entendían por extensión los homenajes de los invitados. También la presencia de hongos sugiere que esta sea una celebración desdichada y paupérrima (vv. 59-60), haciendo referencia al dicho «no se hace la boda de hongos», es decir, en bodas hay que servir carne, símbolo disintivo de poder y elevación social. Por su color oscuro, Quevedo usa morcillas y mondongos (vv. 61, 65) como metáforas del negro, tanto que, al comerlos, corren el riesgo de moderarse sus propias manos, porque lo único que las diferencia es el color de la uña, aludiendo a su vez a la suciedad y nimiedad por su dimensión reducida. Al mismo tiempo, el tocino pringado (vv. 69, 71) permite hacer referencia a los azotes recibidos en cuanto a su condición de esclavos y a la costumbre de recubrirles sucesivamente por lardo o pringue hirviente para rematar el castigo. Con respecto a los mondongos, en «Llorando está Manzanares» (B 770) el poeta explica que eran comidos por los pobres como prueba de su limpieza de sangre, ya que el cerdo era el animal prohibido por la religión judía y musulmana. En este poema, se describen además las meriendas de la gente que ha acudido al río para descansar (vv. 41-64), donde los que sorbían el agua o el vino comían chorizos picantes como si fueran abrojos de una disciplina. Quevedo pinta un contraste humorístico entre la gente más baja, supuestamente despreciable, y la Corte que da más trabajo a la garganta con sus Copones Cristalinos, que por extensión aluden a la bota.

Además de la «Boda de negros» que acabo de mencionar, don Francisco compuso un romance donde presenta otro tipo de unión amorosa, esta vez de hortalizas. Se trata de «Boda y acompañamiento del campo»⁶ (B 683), una fantasmagoría donde se alude a una boda entre pastores a través de una boda entre vegetales. En la presentación de cada pareja de verduras, el autor utiliza de manera satírica el tratamiento de respeto «don/ doña» y a cada uno se le otorga un valor figurado. Por ejemplo, las naranjas simbolizan los jueces; la berenjena, la calva; el nabo, la navegación erótica; el pepino, el enfadado y testarudo; la granada, la sensualidad y los síntomas de la sífilis; la calabaza, la vacuidad y la vanidad de las mujeres; el melón, el matrimonio, etc. En concreto, los primeros dos participantes, don Repollo y doña Berza, le sirven al poeta para satirizar a los hidalgos y sus falsos orgullos, haciendo referencia a su sangre y su casta, además de nombrar a los Caballeros Pardos y la Vizcaya con sus privilegios fiscales sin ser verdaderamente nobles. Aunque en esta composición prevalece el juego conceptista y el descriframiento agudo por parte del lector, en otro romance conocido como «Matraca de las flores y hortalizas»⁷ (B 755) nos encontramos en la tradición de la *Psychomachia*, es decir, batallas y matrimonios entre flores

⁵ J. M. Blecua, ob. cit., pág. 409.

⁶ El primer verso es «Don Repollo y doña Berza».

⁷ El primer verso es «Antiyer se dieron vaya».

con simbología conocida, aquí en una «*altercatio* entre flores y hortalizas a través de una yuxtaposición de elementos homólogos o macrounidades de sentido»⁸. En pocas palabras, nos enfrentamos a una «versión juguetona del *locus amoenus* clásico con animización de los sujetos»⁹. Las flores, descritas en mayor cantidad, se presentan contrapuestas a las hortalizas utilizando pruebas basadas en *loci*, *proprietates* y *conclusio*, mientras que estas, despreciadas por su vulgaridad debida a su presencia en las ollas escuálidas, se defienden empleando el argumento de su uso para la alimentación, y desacreditan al adversario por la inutilidad de su belleza, mostrando un principio carnealesco del cuerpo y de las exigencias primarias del hombre.

Aunque hoy en día el vino está considerado como una bebida refinada, en el Siglo de Oro se usaba mucho para cocinar y formaba parte de los platos por sus cualidades medicinales y reconstituyentes. Desde luego, como también fue puesto en poesía por Quevedo, sus contemporáneos no lo consumían con moderación. Dos poemas llevan el epígrafe «Los borrachos», un romance y un baile. El primero que vamos a analizar es «Gobernando están el mundo» (B 697), donde se presentan tres franceses y un gallego, este último reflexionando sobre el sentido de la vida, pero sin haber soltado antes un regüeldo. Sus consideraciones y preguntas son las de todos los tiempos, de los filósofos y de los grandes pensadores: «¿En qué ha de parar el mundo?! ¿Que fin tendrán estos tiempos?» (vv. 31-32), remitiéndonos al tópico del *ubi sunt*, y más adelante sigue en sus reflexiones, afirmando que «Todo se ha trocado ya;/ todo al revés está vuelto» (vv. 65-66), en la tradición tan quevedesca del mundo al revés. Al poner en su boca estas palabras, parece que Quevedo quiera seguir el refrán *in vino veritas* haciendo así patentes las absurdidades y las injusticias de su momento. Nos encontramos delante de una sátira de la sociedad, aunque esté hablando una persona que aparentemente, por el efecto del alcohol, debería estar alejada de la realidad, pero que por esta razón puede ver con mayor desprendimiento y desengaño los aspectos más sórdidos de lo que le rodea. El otro poema con el mismo epígrafe es «Echando chispas de vino» (B 879), donde se encuentran soldados bebedores, borrachos tanto de vino como de valentía (vv. 49-50). Don Francisco lanza una llamada a todos los aficionados a esta bebida, afirmando que «apuntando a las tripas,/ da en la cabeza» (vv. 59-60) y que no lleva nada bueno, dado que «todo es de lo caro,/ si riño o bebo,/ o con cirujanos,/ o taberneros» (vv. 53-56). De hecho, se afirma justo después que los soldados fueron detenidos y llevados a una galera. Detrás de ellos, las mujeres cantaban un estribillo que hace referencia a la manera de hablar de los borrachos, tan farfullado que se oyen solo las erres, pero aludiendo también a las acciones de los galeotes: «Cuatro erres esperan/ al bien de mi vida/ en llegando a la mar:/ ropa fuera, rasura,/ reñir y remar» (vv. 73-77). Al contrario que en la composición previamente analizada,

⁸ B. Periñán, «En el huerto con Quevedo. “Boda y acompañamiento del campo” y “Matraca de las flores y hortalizas”», *La Perinola*, 6, 2002, págs. 199-203, pág. 208.

⁹ B. Periñán, ob. cit., pág. 210.

aquí Quevedo no quiere lanzar ninguna sátira contra la sociedad, sino advertir de los peligrosos efectos del vino, hasta el extremo del castigo de las galeras. El efecto embriagador del vino le sirve también al poeta para volcar la tradición petrarquista en la canción «Óyeme riguroso» (B 622), conocida como «Canción a una dama hermosa y borracha»¹⁰. Aquí, la amada ya no es la *donna angelicata*, sino un «áspid ponzoñoso» (vv. 3-4) que prefiere hacer brindis que escuchar las quejas del amado (v. 16), aludiendo a su vez a la mala reputación que ha adquirido, que otros «dicen» (v. 17). Don Francisco nunca pierde la ocasión para insertar juegos conceptistas: en el v. 29, la expresión «devota de las cubas» se podría también dividir como «de-bota», aludiendo al envase más común del vino, como la misma cuba, que según el *Diccionario de Autoridades* era «recipiente y persona que bebe mucho vino», subrayando dos veces la afición de esta mujer a la bebida alcohólica. Referencia que vuelve en el v 36, afirmando que ella está «en cueros», es decir, borracha, que a su vez se utilizaba como recipiente del vino y también sugiriendo el martirio de San Bartolomé (v. 47).

En más poemas encontramos la presencia del vino. En la *Epístola satírica y censoria*, el poeta acusa a los españoles de herejía por asociación a los alemanes, dado que sus borracheras son igual de intensidad (vv. 106-111). La misma mención se puede encontrar en «Tudescos moscos de los sorbos finos» (B 531), donde el poeta satiriza sobre la costumbre germánica de querer vino con moscas. El protagonista está tan sediento que bebe vino con mosquitos convirtiéndose él mismo en un mosquito, y cada uno intenta evitar al otro. La afición a esta bebida es tanta que le llama «licor bendito» (v. 11), con una referencia a la Eucaristía y considerándola un fármaco en la acepción etimológica de *pharmakon*, es decir, una sustancia que puede dar o quitar la vida al mismo tiempo¹¹, como ya se describió anteriormente en otros poemas. En el caso de la letrilla burlesca «Agua no me satisface» (B 666), el mosquito habla con referencias religiosas y presentando el contraste vida-muerte asociado respectivamente al agua y al vino, otra vez subrayando la naturaleza nefasta de este último. Pero aún así, el estribillo muestra que el protagonista prefiere morir bendito en el vino, con posibles referencias a la Comunión, en contraposición a la simple agua, que tampoco tenía mucha relevancia en campo sanitario y no satisfacía a los bebedores.

El ámbito culinario fue muy fecundo para la invención de dobles sentidos y metáforas, sobre todo en campo sexual. En «Hay mil doncellas maduras» (B 671), el poeta afirma que el pobre galán recién casado cena con salva la desposada (vv. 21-22), es decir que come lo que otro ya ha probado, refiriéndose al hecho de que esta mujer ya estuvo con otros hombres. En el mismo poema, satiriza sobre las vírgenes, todavía puras por no haber tenido contacto con varones, pero al mismo tiempo «aguadas», aludiendo a la costumbre de los taberneros de

¹⁰ Para un análisis profundizado véase F. Plata, «Comentario de la “Canción a una dama hermosa y borracha”», *La Perinola*, 6, 2002, pág. 225-237.

¹¹ J. Gardner, «Swallowing Mosquitoes, Wine, and Supplement with Quevedo», *Rocky Mountain Review*, 2006, págs. 11-23, pág. 17.

aguar el vino, por los cataduras de sus ensayos y de sus tanteos. El mismo tema se puede encontrar en «Santo silencio profeso» (B 646), donde la doncellez se asocia al dátíl, que vale tanto como fruto como por la característica de ser algo «dable», es decir que se puede darse o entregarse (v. 67).

La comida en el Siglo de Oro servía también de marcador social pero sobre todo religioso. Las referencias a la religión judía son frecuentes en la poesía satírica de Quevedo. En particular, es el cerdo la «frontera espiritual que diferenciaba las ollas cristianas de las adafinas hebreas»¹², como podemos ver en «Tardóse en parirme» (B 773), romance conocido como «La vida poltrona», donde leemos en los vv 165-168 la alabanza del poeta por los placeres de su desayuno porcino, en contraste con las estrofas precedentes que describían la preparación de la olla sin puerco por parte de un judío, volviendo otra vez a los juegos conceptistas de «hacer pucheros» (v. 168), es decir, llorar, con referencia al verso anterior, y preparar cocidos (*Autoridades*, 1737). En la respuesta a Góngora en «Yo te untaré mis obras con tocino» (B 829), Quevedo, por la supuesta «suciedad de sangre» del cordobés, introduce en este primer verso la imagen de una barrera física y psicológica al mismo tiempo. El tocino se asocia también a cunas ilustres y estirpes de abodengo, como en «Que no tenga por molesto»¹³ (B 668), donde en cambio vemos «la resistencia de la élite del poder político, social y económico a abrir sus filas a la entrada de aspirantes a la nobleza, enriquecidos en actividades productivas»¹⁴.

Otro tema de sátira por parte de Quevedo eran los oficios. En su tiempo, los pasteleros no gozaban de buena fama, como describe en «Santo silencio profeso» (B 85), donde en el v 11 alude a la tendencia de meter carne picada en los pasteles, de caballo y otros animales menos apetitosos. Lo mismo se describe en «Allá van nuestros delitos» (B 687), cuando uno de estos confiesa su sistema de ganar más de cada venta, añadiendo otros ingredientes «en traje de carne» (vv. 117-120). Pero es con «Este, cuya caraza mesurada» (B 631) que el poeta lanza una acusación manifiesta a toda esta categoría laboral, y que sobre todo se conoce como «A un pastelero». Aquí, empezando con una descripción física, llena de dignidad, del trabajador, Quevedo subraya los escamoteos utilizados para timar a los clientes, como añadir carne de «perro muerto,/ rocines, monas, gatos, moscas, pieles» (vv. 10-11), llegando así a afirmar que los españoles preferirían morir de hambre que comer estas suciedades, pero seguían teniendo clientes porque en su tierra no había asco todavía (vv. 20-24). La palabra «pastel», a causa de todas estas trampas, llegó a asociarse metafóricamente a «convenio de algunos, secreto o encubierto, para algún intento, regularmente no bueno» (*Autoridades*, 1737). De la misma manera, tampoco los taberneros gozaban de la simpatía de don Francisco. Su culpa mayor era la tendencia a

¹² J. C. Capel, *La Gula en el Siglo de Oro*, Donostia, R & B, 1996, pág. 162.

¹³ Esta letrilla glosa «¡Mal haya quien lo consiente!».

¹⁴ C. Vaíllo, «El mundo al revés en la poesía satírica de Quevedo», pág. 378, http://cvc.cervantes.es/literatura/quevedo_critica/satiras/vaillo.htm.

aguar el vino, tanto que el autor les apodó «falsificadores de las viñas» en *La Hora de todos*. En varios poemas recurre la sátira de esta figura, como en el ya mencionado soneto sobre los tudescos moscos y en la décima al mosquito del vino. Además, como descrito por Manuel Martínez Llopis¹⁵, muchas veces las mixturas podían ser peligrosas para los bebedores, dado que podían encontrarse en el vino hasta yeso, cal, greda, agua de esparto y otros ingredientes para dar más vigor o hacer que el olor fuera más pronunciado. De hecho, la justicia perseguía los adulteradores.

Dejando de un lado las sátiras y los juegos conceptistas, Quevedo se para también a reflexionar sobre el rol de la comida en la vida de los hombres, sobre todo en los poemas morales, donde no faltan las críticas duras a su tiempo. En el salmo 14 de *Heráclito cristiano*, el poeta afirma que la razón tiene el riesgo de perder el respeto del apetito y es por eso que el alma llega a ser esclava del cuerpo (v. 8). En «Este amor, que yo alimento» (B 416), esta vez de tema amoroso, afirma que del mismo apetito nace el amor para el conocimiento y no de la inclinación, porque este permite al amante un ajuste del equilibrio que sentía entre la percepción de la realidad y su habilidad por distinguir entre bien y mal (vv. 3 y 10). Volviendo a las críticas, la gula es uno de los vicios a los que se hace referencia, como pasa con «Que los años por ti velan tan leves» (B 64), donde ya en el epígrafe leemos «Castiga a los glotones y bebedores, que con los desórdenes suyos aceleran la enfermedad y la vejez», subrayando la peligrosidad del abuso de ambos elementos, no solo para el alma, sino sobre todo para el cuerpo.

Finalmente, en este rápido *excursus* a través de la poesía quevedesca, llama la atención la amplia presencia del pueblo y de las costumbres del momento. En su vida personal y política, el interés de Quevedo por adquirir un estatus de noble fue uno de los focos de su actividad, pero no tenemos rastro de los hábitos de la nobleza en sus composiciones; al revés, las pocas referencias que tenemos son sobre todo de mofa y rebajamiento. Además, sus descripciones permiten hacernos una idea de la situación de la época, por lo que la poesía adquiere un papel de documento histórico y social. La comida y la bebida son un simple pretexto para poder admonestar a los lectores de los peligros que corren también en otros contextos, tanto en la política como en la salud y en la moralidad, llegando a ser para el poeta el medio de conexión entre él y la gente común, que podía entender con mayor agilidad por la cercanía de los manjares elencados a partir de su propia cotidianidad. Al mismo tiempo, es el pueblo quien toma la palabra y parece que su punto de vista sea más cristalino y objetivo que el de los gobernantes. En esto está la grandeza de un poeta como Quevedo, que a través del uso de elementos humildes y corrientes, podía hacer llegar a todos sus mensajes, también los más altos y trascendentales.

¹⁵ M. Martínez Llopis, *Historia de la gastronomía española*, Huesca, La Val de Onsera, 1995, pág. 310.

BIBLIOGRAFÍA

- ARELLANO, I., «La poesía burlesca áurea, ejercicio de lectura conceptista y apostillas al romance “Boda de negros” de Quevedo», *Filología Románica*, 5, 1987-1988, págs. 259-276.
- CAPEL, J. C., *La Gula en el Siglo de Oro*, Donostia, R & B, 1996.
- CHAMORRO, M. I., *Gastronomía del Quijote*, cvc.cervantes.es/artes/gastronomia.
- COVARRUBIAS, S. DE, *Tesoro de la lengua castellana o española, compuesto por el licenciado don Sebastian de Couarrubias Orozco*, Madrid, por Luis Sanchez, impresor del Rey N. S., 1611.
- DICCIONARIO DE AUTORIDADES, (ed.) Real Academia Española, 1737.
- GARDNER, J., «Swallowing Mosquitoes, Wine, and Supplement with Quevedo», *Rocky Mountain Review*, 2006, págs. 11-23.
- MARTÍNEZ LLOPIS, M., *Historia de la gastronomía española*, Huesca, La Val de Onsera, 1995.
- NADEAU, C. A., «Ensalada caliente y carnero verde: imágenes de la vianda en la poesía satírico-burlesca de Francisco de Quevedo», *La Perinola*, 13, 2009, págs. 313-326.
- PERIÑÁN, B., «En el huerto con Quevedo. “Boda y acompañamiento del campo” y “Matraca de las florez y hortalizas”», *La Perinola*, 6, 2002, págs. 199-223.
- PLATA, F., «Comentario de la “Canción a una dama hermosa y borracha”», *La Perinola*, 6, 2002, pág. 225-237.
- «Don Juan Vélez de León, refundidor de Quevedo» (a propósito del romance «Don Repollo y doña Berza»), *La Perinola*, 8, 2004, págs. 343-357.
- QUEVEDO, F. DE, *Antología poética comentada*, (ed.) F. Gómez Redondo, Madrid, Editorial Edaf, 2004.
- *Poesía original completa*, (ed.) J. M. Blecua, Barcelona, Planeta, 2004.
- *Poesía varia*, (ed.) J. O. Crosby, Madrid, Cátedra, 2008.
- VÁILLO, C., «El mundo al revés en la poesía satírica de Quevedo», http://cvc.cervantes.es/literatura/quevedo_critica/satiras/vaillo.htm.